

llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido, y la diferencia que hace del hambriento el harto: todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que asista; todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos á otros se la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía. Vime con ganas de cenar, y sin qué poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba; no supe qué hacer, ni á qué puerta echar; lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba; hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero á los ojos, y lobos á las espaldas; anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entré en la iglesia, hice mi oración breve, pero no sé si devota: no me dieron lugar para más, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto; quedéme con él dormido sobre un pozo del portal, acá fuera; no sé qué lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran el sueño, como lo dió á entender el montañés, que llevando á enterrar á su mujer, iba en piernas, descalzo, y el sayo al revés, lo de dentro afuera.

En aquella tierra están las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; y pasando por la taberna, vió que vendían vino blanco, fingió quererle quedar á otra cosa, y dijo: «anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo.» Así se entró en la taberna, y de un sorbido en otro, emborrachóse y quedóse dormido; cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y lo hallaron tendido en el suelo, lo llamaron; él, recordando, les dijo: «mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios non hay así cosa, que tanta sed y sueño poña como sinsabrosos.» Así yo, que ya era del sábado el sol salido casi con dos horas cuando vine á saber de mí; no sé si despertara tan presto, si los panderos y bailes de unas mujeres que venían á velar aquel día (con el tañer y cantar) no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, que aun me parecía cosa de sueño: cuando vi que eran veras, dije entre mí: echada está la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolución comencé mi camino; pero no sabía para dónde iba ni en ello había reparado. Tomé por el uno que me fué más hermoso, fuera donde fuera; por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los piés el oficio de la cabeza; donde la razón y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro. Los piés me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado.

¶ Quisome parecer á lo que aconteció en la Mancha con un médico falso: no sabía letra, ni había nunca estudiado; traía consigo gran cantidad de recetas, á una parte de jarabes, y á otra de purgas; y cuando visitaba algun enfermo (conforme al beneficio que le había de hacer), metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena, y así le daba la con que primero encontraba. En sangrias no había cuenta con vena ni cantidad, más de á poco más ó menos, como le salía de la boca, así se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir á mi mismo: Dios te la depare buena, pues no sabía la derrota que llevaba, ni á la parte que caminaba; mas como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos dellos, por todos le debemos dar gracias; pues son señales que no se olvida de nosotros, á mi me comenzaron á venir y me siguieron, sin dar un momento de espacio desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron; mas no eran estos de los que Dios envía, sino los que yo me buscaba: hay diferencia de

unos á otros, que los venidos de la mano de Dios, él sabe sacarme dellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una lijera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites, son píldoras doradas, que engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado: son verdes prados, llenos de ponzoñosas víboras, piedras (al parecer) de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida. ¶

Este día, cansado de andar solas dos leguas pequeñas (que para mí eran las primeras que había caminado), ya me pareció haber llegado á los antipodas, y como el famoso Colón, descubierto un nuevo mundo; llegué á una venta sudando, polvoroso, despeado, triste, y sobre todo, el molino picado, el diente agudo, y el estómago débil: sería mediodía, pedí de comer, dijeron que no había sino solo huevos, no tan malo si lo fueran, que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ó que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados, y por no perderlo todo los iba encajando con otros buenos; no lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió le pague Dios la buena obra; vióme muchacho, boquirubio, cariampollado, chapeton, pareció un Juan de buena alma, y que para mí bastara que quiera. Preguntóme: ¿de dónde sois, hijo? Díjele que de Sevilla; llegóseme mas, y dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¿y adónde va el bobito? ¡Oh poderoso Señor! y cómo con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez, y con ella todos los males; y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocará en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto á los labios. Díjele que iba á la corte, que me diese de comer. Hizome sentar en un banquillo cojo, y encima de un pozo me puso un barretero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua, y una media hogaza mas negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplastro de huevos: ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles y la huéspedada, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías; comí, como el puerco la bellota, todo á hecho, aunque verdaderamente sentía crujir entre los dientes los tiernecitos huesos de los sin ventura pollos, que era hacerme como cosquillas en las encías. Bien es verdad, que se me hizo novedad y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos que solía comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y el cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor ni calidad; yo estaba de manera que aquello tuve por buena suerte.

Tan propio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir á cualquier partido; era poco, pasélo presto con las buenas ganas; en el pan me detuve algo más, comilo á pausas, porque siendo muy malo, fué forzoso llevarlo de espacio, dando lugar unos bocados á otros que bajasen al estómago por su orden; comencélo por las cortezas y acabélo en el migajón, que estaba hecho engrudo; mas tal cual no le perdoné letra, ni les hice á las hormigas migaja de cortesia, mas que si fuera poco y bueno. Así acontece si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la mas madura, se comen después la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí (como dicen) á rempujones media hogaza, y si fuera razonable y hubiera de batar á mis ojos, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras. Era el año estéril de seco, y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer, que aun en los prósperos pasaba trabajosamente; mirad lo que pasaria en los adver-

sos; no me está bien abundar en esto, ni el decir el por qué; soy hijo de aquella ciudad; quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intención que para granjería, ya sea pública ó secreta; pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien á los pobres, sino á sí mismos, pues para dar medio cuarto de limosna la examinan.

¶ Así pasó con un regidor que viéndole un viejo de su pueblo escuder de su obligación, le dijo: ¿cómo, Fulano N., eso no es lo que jurastes cuando en ayuntamiento os recibieron, que habiades de volver por los menudos? El respondió diciendo: ¿ya no veis cómo lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado á la carnicería? mi dinero me cuestan; y eran los de los carneros. Desta manera pasa todo en todo lugar; ellos traen entre sí la masa rodando, hoy por mí, mañana por tí, déjame comprar, dejaréte vender: ellos hacen los estancos en los mantenimientos; ellos hacen las posturas como en cosa suya, y así lo venden al precio que quieren; porque todo es suyo cuanto se compra y vende. Soy testigo, que un regidor de una de las mas principales ciudades de Andalucía y reino de Granada tenía ganado, y porque hacía frío no se le gastaba la leche del, todos acudían á los buñuelos; pareciéndole que perdía mucho si la cuarema entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento que los moriscos buñoleros robaran la república; dió cuenta por menor de lo que les podían costar, y que salían á poco mas de seis maravedis, y así los hizo poner á ocho, dándoles moderada ganancia; ninguno los quiso hacer, porque se perdían en ellos, y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco y otras cosas, hasta que fué tiempo de cabaña, y cuando comenzó á queasar, se los hizo subir á doce maravedis, como estaban antes; pero ya era verano y fuera de sazón para hacerlos. Contaba él este ardid, ponderando cómo los hombres habían de ser vividores. Alejádonos hemos del camino, volvamos á él, que no es bien cargar solo la culpa de todo al regimiento, habiendo á quien repartir. Demos algo desto á proveedores y comisarios, y no á todos, sino á algunos, y sea de cinco á los cuatro, que destruyen la tierra, roban á los miserables y viudas, engañando á sus mayores y mintiendo á su rey: los unos por acrecentar sus mayorazgos, y los otros por hacerlos, y dejar de comer á sus herederos. ¶

¶ Esto también es diferente de lo que aquí he de tratar, y pide un entero libro; de mi vida trato en este, quiero dejar las ajenas, mas no sé si podré, poniéndome los cabes depalata, dejar de tiralles, que no hay hombre cuerdo á caballo; cuanto mas que no hay que reparar de cosas tan sabidas: lo uno y lo otro todo está recibido, y todos caminan á viva quien vence; mas ¡ay! cómo nos engañamos, que somos los vencidos, y el que engaña es el engañado! Digo pues, que Sevilla, por fas ó por nefas (considerada su abundancia de frutos, y la carestía dellos) padece esterilidad, y aquel año hubo mas, por algunos desórdenes ocultos y codicias de los que habían de procurar el remedio, que solo atendían á su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres ó cuatro, que sin considerar los fines, tomaron malos principios y endemoniados medios, en daño de su república. He visto siempre en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos poderosos, muchos dellos son balleñas, que abriendo la boca de la codicia, lo quieren tragar todo para que sus casas estén proveídas, y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo buérfano, ni el oído á la voz de la triste doncella, ni los hombros al reparo del flaco, ni las manos de caridad en el enfermo y necesitado; antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua á su molino; publican buenos deseos, y ejercitanse en malas obras, hácese ovejitas de Dios, y esquilman al diablo. Amasábase pan de centeno, y no tan malo; el que tenía trigo sacaba

para su mesa la flor de la harina, y todo lo restante traía en trato para el comun; hacíanse panaderos, abrasaban la tierra los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar que tuvo esto su castigo, y que había muchos buenos á quien lo malo parecía mal; pero en las necesidades no se repara en poco, demás que el tropel de los que lo hacían arrinconaba á los que lo estorbaban, porque eran pobres, y si pobres, basta; no te digo mas, haz tu discurso. ¶

¶ ¿No ves mi poco sufrimiento, cómo no pude abstenerme, y cómo sin pensar corrió hasta aquí la pluma? Arriáronme el acicate, y torcíme á la parte que picaba; no sé qué disculpa darte, sino es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared ó le derriban por el suelo, y después dicen: perdone. En conclusion, todo el pan era malo, aunque entonces no me supo muy mal; regáléme comiendo, alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos. ¶

Recobréme con esto, y los piés cansados de llevar el vientre, aunque vacío y de poco peso, ya siendo lleno y cargado, llevaba á los piés; y así proseguí mi camino, no con poco cuidado de saber qué pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca; fui dando y tomando en esta imaginación, y cuando mas la seguía, mas géneros de desventuras se me representaban, y el estómago se me alteraba, porque nunca sospeché cosa menos que asquerosa, viéndolos tan mal guisados, el aceite negro, que parecía de suelos de candiles; la sartén puerca, y la ventera legañosa. Entre unas y otras imaginaciones encontré con la verdad, y teniendo andada otra legua, con solo aquel pensamiento, fué imposible resistirme, porque como á mujer preñada, me iban y venían erupciones del estómago á la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo, y aun el día de hoy me parece que siento los pobrecitos pollos piándose acá dentro. Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida, que siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin reparar ni mirar el daño venidero.

CAPITULO IV.

En que Guzmán de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le había pasado á la ventera de donde había salido aquel día, y una plática que le hicieron.

Confuso y pensativo estaba recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó á pasar un arriero, que llevaba la recua de vacío á cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, sofo, afligido, mi persona bien tratada, comencé (á lo que entonces dél creí) á dolerme de mi trabajo, y preguntádomelo que tenía, le dije lo que en la venta me había pasado. Apenas lo acabé de contar, cuando le dió tan extraña gana de reir, que me dejó casi corrido, y el rostro, que antes tenía de color de difunto, se me encendió con ira en contra dél; mas como no estaba en mi muladar, y me hallé desarmado en un desierto, reportéme por no poder cantar como quisiera, que es discreción saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar, que son las opiniones varias, y las honras vidriosas, y si allí me descomidiera, quizá se me atrevieran, y sin aventurar á ganar iba en riesgo y aun cierto de perder, que las competencias hanse de huir, y si forzoso las ha de haber sea con iguales, y si con mayores, no á lo menos menores que tú, ni tan aventajados á ti que te tropellen: en todo hay vicio, y tiene su cuenta, mas aunque me abstuve, no pude menos que con viva cólera decirle: ¿vos, hermano, veísme alguna corozá, ó de qué os reis? El, sin dejar la risa, que pareció tenerla por desdajo se-

gun se daba la priesa, que abierta la boca dejaba caer á un lado la cabeza, poniéndose las manos en el vientre, y sin poderse ya tener en el asno, parecia querer dar consigo en el suelo; por tres ó cuatro veces probó á responder, y no pudo; siempre volvía de nuevo á principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo. Dios y enhorabuena, buen rato después de sosegadas algo aquellas avenidas (que no suelen ser mayores las de Tajo), á remiendos, como pudo, medio tropezando, dijo: «mancebo, no me río de vuestro mal suceso; ni vuestras desdichas me alegran, riome de lo que á esa mujer le aconteció de menos de dos horas á esta parte. ¿Encontrastes por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezcilla verdosa, y el otro de vello-ria, un jubon blanco muy acuchillado?— Los dos desas señas (le respondí), si mal no me acuerdo, cuando salí de la venta quedaban en ella, que entonces llegaron y pidieron de comer. «Esos pues (dijo el arriero) son los que os han vengado, y de la burla que han hecho á la ventera es de lo que me río; si vais este viaje, subid en un jumento desos, diréos por el camino lo que pasa.» Yo se lo agradecí, según lo había menester, rindiéndole las palabras que me parecieron bastar por suficiente paga, que á buenas obras pagan buenas palabras cuando no hay otra moneda y el deudor está necesitado.

Con esto, aunque mal jinete de albarda, me pareció aquello silla de manos, litera ó carroza de cuatro caballos; porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho, y una niñería suple infinito. Es como pequeña piedra arrojada en agua clara, que hace cercos muchos y grandes; y entonces es mas de estimar, cuando viene á buena coyuntura, aunque siempre llega bien, y no tarda si viene. Vi el cielo abierto, él me pareció un ángel, tal se me representó su cara, como la del deseado médico al enfermo, digo deseado, porque como habrás oído decir, tiene tres caras el médico: de hombre cuando lo vemos y no lo tenemos menester, de ángel cuando del tenemos necesidad, y de diablo cuando se acaban á un tiempo la enfermedad y la bolsa, y él por su interés persevera en visitar, como sucedió á un caballero en Madrid, que habiendo llamado á uno para cierta enfermedad, le daba un escudo á cada visita: el humor se acabó, y él no se despedirse. Viéndose sano el caballero, y que porfiaba en visitarlo, se levantó una mañana y fué á la iglesia; como el médico lo viniese á visitar, y no le hallase en casa, preguntó adónde había ido; no faltó un criado tonto (que para el daño siempre sobran, y para el provecho todos faltan) que le dijo dónde estaba en misa. El señor doctor, espoleando apriesa su mula, llegó allá, y andando en su busca, hallólo y díjole: «¿pues cómo ha hecho vuesa merced tan gran esceso, salir de casa sin mi licencia?» El caballero, que entendió lo que buscaba, y viendo que ya no le había menester, echando mano á la bolsa, sacó un escudo, y dijo: tome, señor doctor, que á fe de quien soy, que para con vuesa merced no me ha de valer sagrado. Ved adonde llega la codicia de un médico necio, y la fuerza de un pecho hidalgo, noble.

Yo recogí mi jumento, y dándome del pié, me puse encima; comenzamos á caminar, y á poco andado, allí luego no cien pasos, tras el mismo vallado, estaban dos clérigos sentados, esperando quien los llevara caballeros la vuelta de Cazalla; eran de allá, y habían venido á Sevilla con cierto pleito. Su compostura y rostro daban á conocer su buena vida y pobreza; eran bien hablados, de edad el uno hasta treinta y seis años, el otro de mas de cincuenta. Detuvieron al arriero, concertáronse con él, y haciendo como yo, subiéronse en sendos horricos, y seguimos nuestro viaje. Era todavía tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podía proseguir su cuento; porque soltaba el chorro tras de cada palabra, como casas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces mas lo rei-

do que lo hablado. Aquella tardanza era para mi lanzadas; que quien desea saber una cosa querría que las palabras unas tropellasen á otras para salir juntas y presto de la boca. Grande fué la preñez que se me hizo y el antojo que tuve por saber el suceso; reventaba por oirlo: esperaba de tal máquina que había de resultar una gran cosa; sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba, ó si los mozos la hubieran quemado y á la ventera viva, ó por lo menos y mas barato, que colgada de los piés en una oliva le hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta, que la risa no prometió menos; aunque si yo fuera considerado, no debiera esperar ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reía; porque aun la moderada en cierto modo acusa facilidad; la mucha, imprudencia, poco entendimiento y vanidad; y la descompuesta, es de locos de todo punto rematados, aunque el caso la pida.

Quiso Dios, y enhorabuena, que los montes parieron un raton: dijónos en resolución, con mil paradillas y corcovos, que habiéndose detenido á beber un poco de vino y á esperar un su compañero, que atrás dejaba, vió que la ventera tenía en un plato una tortilla de seis huevos, los tres malos, y los otros no tanto, que se los puso delante, y yéndola á partir, le pareció que un tanto se resistía, yéndose unos tras otros pedazos; miraron qué lo podría causar, porque luego les dió mala señal; no tardaron mucho en descubrir la verdad, porque estaba con unos altos y bajos, que si no fuera solo á mi, á otro cualquiera desengañara en verla; mas como niño debí de pasar por ello; ellos, mas curiosos ó curiales, espulgáronla de manera que hallaron á su parecer tres bultillos como tres mal cuajadas cabezuelas, que por estar los piquillos algo que mas tiesezuelos, deshicieron la duda, y tomando una entre los dedos, queriéndola deshacer, por su propio pico habló, aunque muerta, y dijo cuya era llamamente. Así cubrieron el plato con otro, y de secreto se hablaron. Lo que pasó no lo entendió, aunque después fué manifiesto; porque luego el uno dijo: «huéspeda, ¿qué otra cosa tenéis que darnos?» Habíale poco antes (en presencia dellos) vendido un sábalo; teníalo en el suelo para escamalle, respondiéndole: deste, si queréis un par de ruedas, que no hay otra cosa. Dijéronle: madre mía, dos nos asareis luego, porque nos queremos ir; y si os pareciere, ved cuánto queréis en todo de ganancia, y lo llevaremos á nuestra casa. Ella dijo, que hecho piezas, cada rueda le había de valer un real, no menos una blanca; ellos que no, que bastaba un real de ganancia en todo. Concertáronse en dos reales, que el mal pagador, ni cuenta lo que recibe, ni recatea en lo que le fian. A ella se le hacía de mal el darlo, aunque la ganancia en cuatro reales dos por solo un momento que le faltaron de la bolsa, la puso llana. Hizolo ruedas, asóles dos, con que comieron, metieron lo restante en una servilleta de la mesa, y después de hartos y mal contentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hicieron el pago sin la cuenta, que el un mozeolo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fué donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina, y con terrible fuerza le dió en la cara con ella, fregándosele por ambos ojos: dejóselos tan ciegos y dolorosos, que sin osallos abrir, daba gritos como loca; y el otro compañero, haciendo como que le reprenía la bellaquería, le esparció por el rostro un puño de ceniza caliente, y así se salieron por la puerta, diciendo: vieja bellaca, quien tal hace que tal pague. Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgreñada y puerca; quedó toda enbarinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no podía sufrir la risa cuando dello y del se acordaba.

Con esto acabó su cuento, diciendo que tenía de qué reirse para todos los días de su vida: yo de qué llorar (le respondí) para toda la mía, pues no fui para otro tanto, y esperé venganza de mano ajena; pero yo juro á tal, que si

vivo, ella me lo pague de manera que se le acuerde de los huevos y del muchacho. Los clérigos abominaron el hecho, reprobando mi dicho haberme pesado del mal que no hice; volviéronse contra mí, y el mas anciano dellos, viéndome con tanta cólera, dijo: «la sangre nueva os mueve á decir lo que vuestra nobleza muy presto me confesará por malo, y espero en Dios ha de fructificar en vos de manera que os pese por lo presente de lo dicho, y emendeis en lo porvenir el hecho.»

¶ Refiérenos el sagrado Evangelio por san Mateo, en el capítulo quinto, y san Lucas en el sexto: *Perdonad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen.* Habéis de considerar lo primero, que no dice haced bien á los que os hacen mal, sino á los que os aborrecen, porque aunque el enemigo os aborrezca, es imposible hacerlos mal si vos no quisierdes; porque como sea verdad infalible que tendremos por bienes verdaderos á los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, mas propiamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos dellos, pues en su confianza nos perdemos y los perdemos, llamaremos á los enemigos ciertos amigos, y á los amigos propios enemigos; en razon de los afectos que de los unos y otros vienen á resultar; pues nace de los enemigos todo el verdadero bien, y de los amigos el cierto mal. Bien veremos cómo el mayor provecho que podremos haber del mas fiel amigo deste mundo, será que nos favorezca, ó con su hacienda dándonos lo que túviere, ó con su vida ocupándola en las cosas de nuestro gusto, ó con su honra en los casos que se atravésare la nuestra; y esto ni esotro hay quien lo haga, ó son tan pocos, que dudo si en alguno pudiésemos dar el ejemplo en este tiempo. Mas cuando así sea, y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geométrico, si en lo que no es puede haber mas y menos; porque cuando me dé cuánto tiene ya es poca sustancia para librarme del infierno; demás, que no se espendeden ya las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales que les ayudan á pecar, y á esos tienen por amigos y dan su dinero.

¶ Si por mí perdiere su vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mía; si gastare su honra y la estragare, digo que no hay honra que lo sea, mas de servir á Dios, y lo que saliere fuera desto es falso y malo; de manera que todo cuanto mi amigo me diere, siendo temporal, es inútil, vano y sin sustancia; mas mi enemigo todo es grano, todo es provecho cuanto del me resulta, queriendo valerme dello; porque del quererme mal, saco yo el quererle bien, y por ello Dios me quiere bien; si le perdono una liviana injuria, á mí se me perdonan y remiten infinito número de pecados; y si me maldice, lo bendigo; sus maldiciones no me pueden dañar, y por mis bendiciones alcanzo la bendición: *venid, benditos de mi Padre*; de manera, que con los pensamientos, con las palabras, con las obras, mi enemigo me las hace buenas y verdaderas. ¿Cuál, si pensais, es la causa de tan grande maravilla, y la fuerza de tan alta virtud? Yo lo diré: de que así lo manda el Señor, es voluntad y mandato espreso suyo; y si se debe cumplir el de los principes del mundo, sin comparacion mucho mejor del príncipe celestial, á quien se humillan todas las coronas del cielo y tierra, y aquel decir, *yo lo mando*, es un alimbar que se pone á lo desabrado de lo que se manda; como si ordenasen los médicos á un enfermo que comiese flor de azahar, nueces verdes, cáscaras de naranjas, cogollos de cidros, raices de escorzonera, ¿qué diría? Tate, señor, no me deis tal cosa, que aun en salud un cuerpo robusto no podrá con ello; pues para que se pueda tragar y le sepa bien, hacénselo conlitar; de manera, que lo que de suyo era dificultoso de comer, el azucar lo ha hecho sabroso y dulce. Esto mismo hace el alimbar de la palabra de Dios: *yo mando que ameís á vuestros ene-*

migos. Esta es una golosina hecha en la misma cosa que antes nos era de mal sabor; y así aquello en que hace mas fuerza nuestra carne, aquello á que mas contradice por ser amargo, y anhelear á nuestras concupiscencias, diga el espíritu: ya eso está alimbarado, sabroso y dulce, pues Cristo nuestro Redentor lo manda, y que si me hirieren la una mejilla, ofrezca la otra, que esa es honra, guardar con puntualidad las órdenes de los mayores y no quebrantarlas.

¶ Manda un general á su capitán que se ponga en un paso fuerte, por donde ha de pasar el enemigo, de donde si quisiese podría vencerlo y matarlo; mas dícele: mirad que importa y es mi voluntad que cuando pasare no le ofendáis, no embargante que os ponga en la ocasion y os irrite á ello. Si cuando el enemigo pasase fuese diciendo bravatas y palabras injuriosas, llamando al capitán cobarde, ¿hariale por ventura en ello alguna ofensa? No por cierto, antes debe reirse del, pues como á vano y á quien pudiera destruir fácilmente, no lo hace por guardar la orden que se le dió, y si la quebrantara hiciera mal y contra el deber, siendo merecedor de castigo. ¿Pues qué razon hay para no andar cuidadosos en la observancia de las órdenes de Dios? ¿Por qué se han de quebrantar? Si el capitán por su sueldo, y (cuando mas aventure á ganar) por una encomienda estará puntual; ¿por qué no lo seremos, pues por ello se nos da la encomienda celestial? En especial que el mismo que hizo la ley la estrenó y pasó por ella, sufriendo de aquella sacrilega mano del ministro una gran bofetada en su sacratísimo rostro, sin por ello responderle mal ni con ira. Si esto padece el mismo Dios, la nada del hombre ¿qué se levanta y gallardea? Y para satisfacion de una simple palabra (cargándose de duelos) espulga el duelo, buscando entre infieles, como si fuese uno dellos, lugar donde combatirse, que mejor diríamos abatirse á las manos del demonio su enemigo, huyendo de las de su Criador, del cual sabemos que estando de partida, curando el testamento, clavado en la cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento desde la planta del pié hasta el pelo de la cabeza, que tenía enfurtido en su preciosa sangre, cuajada y dura como fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas, queriendo despedirse de su madre y discípulo, entre las últimas palabras, como por última manda, la mas encargada, y en el agonía mas fuerte de arrancarse el alma de su divino cuerpo, pide á su eterno Padre perdon para los que allí lo pusieron.

¶ Imitóle san Cristóbal, que dándole un gran bofetón, acordándose del que recibió su maestro, dijo: si yo no fuera cristiano me vengara; luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la Iglesia nuestra madre. Otro dieron á san Bernardo en presencia de sus frailes, y queriéndolo ellos vengar, los corrigió, diciendo: mal parece querer vengar injurias ajenas el que cada día pide perdon de las propias. San Estéban, estándolo apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros que le quitan la vida, sino de ver que los crueles ministros perdian las almas, y dolido dellas pide á Dios entre las vascas de la muerte perdon para sus enemigos, especialmente para Saulo, que engañado y celoso de su ley, creía merecer en guardar las capas y vestidos á los verdugos, para que desembarazados le hiriesen con mas fuerza; y tanta tuvo su oracion, que trujo á la fe al glorioso apóstol san Pablo, el cual como sabio doctor experimentado en esta doctrina, viendo ser importantísimo y forzoso á nuestra salvacion, dice: *Olvidad las iras, y nunca os anochezca con ellas. Bendecid á vuestros perseguidores, y no los maldigais; dadles de comer, si tuvieran hambre, y de beber cuando estén con sed, que si no lo hicierdes, con la misma medida seréis medidos, y como perdonáredes, perdonados.* El apóstol San-Iago dice: *sin misericordia y con rigor de justicia serán juzgados los que no tuvieran misericordia.* Bien temeroso estaba y resuel-

to en guardar este divino precepto Constantino Magno, que viniéndole á decir cómo sus enemigos, por afrentarlo, en vituperio y escarnio suyo, le habían apedreado su retrato, hiriéndole con piedras en la cabeza y rostro, fué tanta su modestia, que despreciando la injuria, se tentó con las manos por todas las partes de su cuerpo, diciendo: ¿qué es de los golpes? ¿qué es de las heridas? Yo no siento ni me duele cuanto habeis dicho que me han hecho, dando á entender que no hay deshonra que lo sea, sino al que la tiene por tal, demás que no por esto habeis de entender que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo vengueis, y aunque se la perdoneis de vuestra parte, que el agravio que os hizo á vos, también lo hizo á Dios, cuyo sois y él es. Dueño tiene esta hacienda; que si en el palacio de un príncipe ó en su corte á uno se hiciere afrenta, se hará juntamente al señor della; y no bastará el perdón del afrentado para ser perdonado absolutamente, porque con aquella sinrazón ó agravio también estarán injuriadas las leyes deste príncipe, y su casa ó su tierra vituperada; y así dice Dios: *á mi cargo está, y á su tiempo lo castigaré; mia es la venganza, yo la haré por mi mano.* Pues desdichado del amenazado, si las manos de Dios lo han de castigar; mas le valiera no ser nacido. Así que, nunca deis mal por mal, si no quisiéredes que os venga mal; demás, que mereceis en ello y os pagareis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda os vendreis á simbolizar con él; dad pues lugar á las iras de vuestros perseguidores para poder merecer; volvedles gracias por los agravios, y sacareis dello glorias y descansos.

¶ Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que á este propósito me dijo, para poder aquí repetirla; porque todo era del cielo finísima Escritura sagrada; desde entonces propuse aprovecharme della con muchas veras; y si bien se considera, dijo muy bien. ¿Cuál hay mayor venganza que poder haberse vengado? ¿Qué cosa mas torpe hay que la venganza, pues es pasión de injusticia, ni mas fea delante de los ojos de Dios y de los hombres, porque solo es dado á las bestias fieras? Venganza es cobardía y acto femeníl; perdón es gloriosa vitoria; el vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. ¿Qué mayor atrevimiento puede haber, que quiera una criatura usurpar el oficio á su Criador, haciendo caudal de hacienda que no es suya, levantándose con ella como propia? Si tú no eres tuyo ni tienes cosa tuya en tí, ¿qué te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen á tu dueño, que es Dios, déjale la venganza; el Señor la tomará de los malos tarde ó temprano, y no puede ser tarde lo que tiene fin; quitársela de las manos es delito, desacato y desvergüenza; y cuando te tocara la satisfacción, dime: ¿qué cosa es mas noble que hacer bien? ¿Pues cuál mayor bien hay que no hacer mal? Uno solo, el cual es hacer bien al que no te le hace y te persigue, como nos está mandado y tenemos obligacion: que dar mal por mal, es oficio de Satanás; hacer bien á quien te hace bien, es deuda natural de los hombres; aun las bestias lo reconocen, y no se enfurecen contra el que no las persigue; procurar y obrar bien á quien te hace mal, es obra sobrenatural, divina escalera que alcanza gloriosa eternidad, llave de cruz que abre el cielo, sabroso descanso del alma y paz del cuerpo. Son las venganzas vida sin sosiego, unas llaman á otras, y todas á la muerte. ¿No es loco el que si el sayo le aprieta se mete un puñal por el cuerpo? ¿Qué otra cosa es la venganza, sino hacernos mal por hacer mal? quebrarnos dos ojos por cegar uno? escupir al cielo y caerlos en la cara? Admirablemente lo sintió Séneca, que como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban que dél se querellase á la justicia, y riéndose, les dijo: ¿no veis que sería locura llamar un jumento á juicio? Como si dijera: con aquella coz vengó como bestia su saña, y yo la menosprecio como hombre. ¿Hay bes-

tialidad mayor que hacer mal, ni grandeza que iguale á despreciarlo? Siendo el duque de Orleans injuriado de otro, después que fué rey de Francia, le dijeron que se vengase (pues podía) de la injuria recebida; y volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: no conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orleans. Si vencerse uno á sí mismo lo cuentan por tan gran victoria, ¿por qué venciendo nuestros apetitos, iras y rancores, no ganamos esta palma, pues demás de lo por ello prometido (aun en lo de acá) escusáremos muchos males que quitan la vida, menguan la vana honra, y consumen la hacienda? Ah, buen Dios! cómo, si yo fuera bueno, lo que de aquel buen hombre oí debía bastarme. Pasóse con la mocedad, perdióse aquel tesoro, fué trigo que cayó en el camino. Su buena conversacion y doctrina nos entretuvo hasta Cantillana, donde llegamos casi el sol puesto, yo con buenas ganas de cenar, y mi compañero de esperar el suyo, mas nunca vino; los clérigos hicieron rancho aparte, yéndose á casa de un su amigo, y nosotros á nuestra posada.

CAPITULO V.

De lo que á Guzmán de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero.

Luego que dejamos á las camaradas, pregunté á la mia: ¿dónde iremos? El me dijo: huésped conocido tengo, buena posada y gran regalador. Llévome al meson del mayor ladrón que se hallaba en la comarca, donde no menos hubo de que acerté plato con que puedas entretener el tiempo, y por saltar de la sartén caí en la brasa; di en Scila huyendo del Caribdis. Tenia nuestro mesonero para su servicio un buen jumento y una yegüezuela galiciana; y como aun los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad ni trajes, sino solo tocas, aunque las cabezas estén liñosas, no es maravilla que entre brutos acontezca lo mismo. Estaban siempre juntos á un establo, á un pesebre, en un prado, y el dueño no con cuidado de tenerlos atados, antes de industria los dejaba sueltos para que ayudasen á reparar las lecciones á las otras cabalcaduras de los huéspedes; de lo cual resultó, que la yegua quedase preñada desta compañía.

Es inviolable ley en el Andalucía, no permitir junta ni mezcla semejante, y para ello tienen establecidas gravísimas penas; pues como á su tiempo la yegüezuela pariese un muleto, quisiera el mesonero aprovecharlo y que se criara. Detúvolo escondido algunos dias, con grande recato; mas como viesse no ser posible dejarse de sentir por no dar venganza de sí á sus enemigos, con temor del daño y codicia del provecho, acordó este (viernes en la noche) de matarlo. Hizo la carne postas, echólas en adobo, aderezó para este sábado el menudo, asadura, lengua y sesos. Nosotros (como dije) llegamos á buena hora, que el huésped con sol á honor, halla que cene y cama en que se eche. Mi compañero, habiendo desaparejado, dió luego recaudo á su ganado; yo llegué tan molido que, dando en el suelo, no me pude rodear por un gran rato; llegué los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas de llevarlos colgando y sin estribos, las asentaderas batanadas, las ingles doloridas, que parecía meterme un puñal por ellas, todo el cuerpo descoyuntado, y sobre todo hambriento. Cuando mi compañero acabó de dar cobro á su recua, viniéndose para mí, le dije: ¿será bien que cenemos, camarada? Respondió, que le parecía muy justo, que era ya hora, porque otro día quería tomar la mañana, y llegar con tiempo á Cazalla y hacer cargas. Preguntamos al huésped si había que cenar; respondió que sí, y aun muy regaladamente. Era el hombre bullicioso, agudo, alegre y decididor, y sobre todo, grandísimo bellaco; engañome, que como le ví de tan buena gracia, y de antes no le conocía, mostró buena pinta, y en decir que tenia buen recaudo, alegréme en el alma. Comencé entre mí mismo á dar mil alabanzas á Dios, reverenciando su bendito nombre, que después de los trabajos da descan-

so; con las enfermedades, medicinas; con la tormenta, bonanza; pasada la aflicción holgura, y buena cena tras la mala comida.

¶ No sé si os diga un error (de lengua) gracioso, que sucedió á un labrador, que yo conocí en Ollas, aldea de Toledo; dirélo por no ser escandaloso, y haber salido de pecho sencillo y cristiano viejo. Estaba con otros jugando á la primera, y habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: tengo primera, bendito sea Dios, que he hecho una mano; pues como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linaje, y con el alegría de ganar la mano, dijo en el mismo punto: no muy bendito, que tengo flux; y si tal disparate se puede traer á cuento, es este su lugar, por lo que me aconteció.

¶ Mi compañero preguntó: pues bien, ¿qué hay aderezado? Respondióle el socarrón: de ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca, y no haber pasto con la sequía del año, luego la maté de ocho dias nacida; el despojo está guisado, pedid lo que mandáredes. Tras esto, diciendo aires hola, levantó la pierna, y en el aire dió por delante una zapateta, con que me alivié un poco y me holgué mucho de oírle decir que habia menudo de ternera, que solo en mentarlo me enterneció; y despidiendo el cansancio, con alegre rostro, le dije: huésped, sacad lo que quisiéredes. Al punto puso la mesa con ropa limpia en ella, el pan ya no tan malo como el pasado, el vino bueno, un plato de fresca ensalada, que para tripas tan lavadas como las mias no era de mucho momento, y se lo perdonara por el vientre de ternera ó una mano della; mas no me pesó, porque las premisas engañaban cualquiera discreto juicio, emborrachando el gusto de cualquier hombre hambriento. Dice bien el toscano aconsejando, que de mujeres, marineros, ni hostaleseros hagamos confianza en sus promesas, mas de los que se alaban de sí mismos; porque de ordinario, por la mayor parte, regulado el todo, todos mienten. Tras la ensalada sacó sendos platillos, en cada uno una poca de asadura guisada; digo poca, recelaba dar mucha, porque con la abundancia, satisfecha la necesidad, á vientre harto fuera fácil conocer el engaño; así, yendo con tiento, aechaba con el gusto que entráramos en ello, y ponía mas hambre, deseando comer mas. De mi compañero no hay tratar dél, porque nació entre salvajes, de padres brutos, y lo paladearon con un diente de ajo; y la gente rústica, grosera (no tocando á su bondad y limpieza) en materia de gusto pocas veces distingue lo malo de lo bueno; faltales á los mas la perfeccion en los sentidos, y aunque ven, no ven lo que han de ver; oyen y no lo que han de oír; y así en lo demás, especialmente en la lengua, aunque no para murmurar, y mas de hidalgos: son como los perros, que por tragar no mascán, ó como el avestruz que se engulle un hierro ardiendo, y, si halla delante, se comerá un zapato de dos suelas que en Madrid haya servido tres inviernos; porque yo le he visto quitar con el pico una gorra de un paje y tragársela entera; mas que yo, criado en regalo, de padres políticos y curiosos, no sintiese el engaño, grande fué mi hambre, y esta excusa me disculpa; el deseo de comer algo bueno era grande, todó se les hizo á mis ojos pequeño; el traidor del mesonero lo daba destilado, no es maravilla, cuando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. ¿No has oído decir, que á la hambre no hay mal pan? Digo que se me hizo alimbar y me dejó goloso.

¶ Pregunté si habia otra cosa: respondió si queríamos los sesos fritos en manteca con unos huevos: dijimos que sí; mas tardamos en decirlo, que él en ponerlo por obra y casi en aderezarlos. En el interin, porque no nos aguásemos, como postas corridas, nos dió un paseo de revoltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre; no me supo bien, olióme á paja podrida; dile de mano, dejándolo á mi compañero, el cual entró por ello

como en viña vendimiada; no me pesaba, antes me alegré, creyendo que si de aquello hiciera su pasto me cupiera mas de los sesos. Al revés me salió, que no por eso dejó de picar con tan buena gracia, como si en todo aquel día ni noche hubiera comido bocado. Pusieronse los huevos y sesos en la mesa, y cuando vió la tortilla mi arriero, dióse á reír cual solía con toda la boca; yo me amohiné, creyendo que gustaba de refrescarme la memoria, estragándome el estómago. Pues como el huésped nos mirase á los dos, y estuviese sobre ascuas para oír lo que decíamos, viendo su descompuesta risa tan malazonada, se alborotó creyendo que lo habia sentido, que á tal tiempo, sin haberse ofrecido de qué, no pudiera reirse de otra cosa; y como el delincuente siempre trae la barba sobre el hombro, y de su sombra se asombra, porque su misma culpa le representa la pena; cualquier acto, cualquier movimiento piensa que es contra él, y que el aire publica su delito y á todos es notorio.

Este pobreton, aunque bellaco, habituado en semejantes maldades y curtido en hurtos, esta vez cortóse con el miedo; demás, que los tales de ordinario son cobardes y fanfarrones. ¿Por qué piensas que uno raja, mata, hiende y hace fieros? Yo te lo diré; por atemorizar con ellos y suplir el defecto de su ánimo como los perros, que pocos de los que ladran muerden, son guzquejos, todos ladridos y alborotos, y de volver á mirarlos huyen. Nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio, en quien mal vive, temor, sospecha y malicia; perdió los estribos, no supo adónde ni cómo reparar, diciendo: voto á tal, que es de ternera; no tiene de qué reirse; cien testigos le daré si es necesario. Púsosele con estas palabras el rostro encendido en fuego, que sangre parecía verter por los carrillos, y salirle centellas de los ojos de coraje. El arriero alzando el rostro, le dijo: ¿quién lo ha con vos, hermano, ni os preguntan los años que habeis? ¿Hay arancel en la posada que ponga tasa de qué y cuánto se ha de reír el huésped que tuviere gana? ó ha de pagar algun derecho que esté impuesto sobre ello? Dejad á cada uno que llóre ó ria, y cobrad lo que os debiere; yo soy hombre, que si hubiera de reirme de cosa vuestra, os lo dijera libremente; acordéme agora por estos huevos, de otros que mi compañero comió este día, tres leguas de aquí en la venta. Tras esto le fué refiriendo todo el cuento, segun de mí lo habia oído, y lo que después pasó en su presencia con los mancebos, que parecía estarse bañando en agua rosada, segun los afectos, risas, visajes y meneos con que lo decía.

El mesonero no cesaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando y reiterando el nombre de Jesus mil veces; y levantando los ojos al cielo dijo: válgame nuestra Señora, que sea conmigo; mal haga Dios á quien mal hace su oficio; y como en hurtar él era tan buen oficial, tenia por cierto no tocarle la maldición, hurtando bien. Comenzóse á pasear; lugiendo asombros y estremos, voceaba: ¿cómo no se hunde aquella venta? ¿Cómo consiente Dios y disimula el castigo de tan mala mujer? ¿Como esta vieja, bruja, hechicera, vive hoy en el mundo y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos della; todos veo que blasfeman su trato; ninguno sale sabroso; todos con pesadumbre: ó son todos malos, ó ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos: por estas cosas y otras tales no quiere nadie parar en su casa, todos la santiguan y pasan de largo; pues á fe que debiera estar escarmentada del jubón que trae debajo de la camisa, do con cien botones abrochado, y se lo vistieron por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera; no sé cómo vuelve al oficio, y no vuelven á castigarla; no sé en qué topa: en algo debe de ir, como dijo la hormiga; misterio debe tener, que con la misma libertad roba hoy que ayer, y como el año pasado; lo peor es que hurta como si se lo mandasen, y debe de ser así, pues el guarda, el malsiu,

el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda: á estos tales trae contentos, y les pecha con lo que á los otros pela; y así es menester, que de otro modo se perdería y le volverían á dar otro paseo; aunque mas pierde la malaventurada en desacreditar su casa; que si diera buen recaudo, con buen trato y término, acudieran á ella, y de muchos pocos hiciera mucho: que *llevando de cada camino un grano, bastece la hormiga su granero para todo el año*: nadie le tuviera el pié sobre el pescuezo: maldita ella sea, que tan mala es.

Cuando aquí llegó, pensé que lo dejaba, mas volvió diciéndome: loada sea la limpieza de la Virgen María, que con toda mi pobreza no hay en mi casa mal trato, cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero: limpieza de vida es lo que importa, y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo; lleve cada uno lo que fuere suyo, y no engañar á nadie. Aquí paró con el resuello, y no hizo poco; según llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobre cena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas accitunas gordales como nueces. Rogámosle que por la mañana nos aderezase una poca de ternera; encargándose dello, y nosotros fuimos á buscar en qué dormir, y en el suelo mas llano tendimos unas enjalmas, donde pasamos la noche.

CAPITULO VI.

En que Guzmán de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero.

No sé si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla, ó á la puerta de mi madre, cuando amaneció el domingo, si hubiera quien me conociera; porque fué tanto el número de pulgas que cargó sobre mí, que pareció ser también para ellas año de hambre, y les habian dado conmigo socorro; y así, como si hubiera tenido sarampion, me levanté por la mañana sin haber parte en todo mi cuerpo, rostro ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio; mas fuéme la fortuna favorable, en que con el cansancio del camino, y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro mas de mi ordinario, dormí soñando paraísos, y sin sentir alguna cosa, hasta que recordado mi compañero con el cuidado de oír misa temprano, y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertó. Levantámonos con la luz, antes que el sol saliese: luego, pidiendo el almuerzo, se nos trujo; no me supo tan bien como á él, que cada bocado parecía dárlo en pechugas de pavo; nunca le pareció haber comido mejor cosa, según lo alababa: fuéme forzoso tenerlo por tal en fe del gusto ajeno, atribuyéndole la falta heredada del asno de su padre á mi mal paladar; pero hablando verdad, ello era malo, y decia bien quién era. Hizoseme duro y desabrido, y de lo poco que cené quedé empachado, sin poderlo digerir en toda la noche; y aunque con temor de ser del compañero reprendido, dije al huésped: esta carne, ¿cómo está tan tiesa y de mal sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondióme: no ve, señor, que es fresca, y no ha tomado el adobo? Mi camarada dijo: no lo hace el adobo, sino que este gentil hombre se ha criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos, y todo se le hace duro y malo. Encogí los hombros y callé, pareciéndome que ya era otro mundo, y que á otra jornada no habia de entender la lengua; pero no me satisficé: con esto quedé como resabiado, sin saber de qué. Y entonces me vino á la memoria el juramento tan fuera de tiempo que hizo la noche antes, afirmando que era ternera. Parecióme mal, y que por solo haberlo jurado se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiré medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado; mas

qué me tuve ó qué me dió, que aunque realmente de cierto no concebí mal, tampoco presumi algún bien. Fué un toque de la imaginación, en que no reparé ni hice caso.

Pedí por la cuenta; mi compañero dijo que la dejase, que el daría recaudo; hiceme á una parte, dejélo creyendo ser amistad, y que de tan poco escote no me lo quería repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí, sin cesar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me halló en aquel camino, dándome graciosamente caballería y de comer. Parecióme que todo habia de ser así, hallando en toda parte quien me hiciera la costa y llevara caballero. Alentéme, comencé de olvidar la teta, como si acibar me pusieran en ella y en todas las cosas que dejaba; y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno, en tanto que él pagaba, quise comerme, llevándole á beber los asnos; volvílos á sus pesebres, para que en cuanto los aparejaban comiesen algunos bocados, y acabasen la cebada; ayúdeme á todo, estregándoles las frentes y orejas. En tanto que me ocupaba en esto tenia mi capa puesta sobre un poyo, y como azogue al fuego ó humo al viento, se desapareció entre las manos, que nunca mas la vi ni supe della. Sospeché si el huésped ó mi compañero por burlarme la hubiesen escondido; ya pasaba de burlas, porque me juraron que no la tenían en su poder, ni sabian quién la tuviese, ni dónde podia estar; miré acia la puerta; estaba cerrada, que no la habian abierto; allí no habia mas de nosotros y el solo huésped; parecióme, y fué imposible faltar, que la habria puesto en otra parte, donde no me acordaba; dime á buscar todo el meson, y andando del patio á la cocina, voy á parar á un trascorral, donde estaba una gran mancha de sangre fresca, y luego allí junto estendido un pellejo de muleto, cada pié por su parte, que aun estaban por cortar: tenia tendidas las orejas, con toda la cabeza de la frente; luego á par della estaban los huesos de la cabeza, que solo faltaban la lengua y sesos: al punto confirmé mi duda. Salgo en un punto á llamar á mi compañero, á quien, cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo y cena, dije: ¿pareceos agora, que no es esto alfajor ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas? ¿Esto era la ternera que con tanta solemnidad me alabastes, y el huésped regalador que prometistes? ¿Qué os parece de la cena y almuerzo que nos ha dado? ¿Y qué bien os ha tratado el que no vende gato por conejo ni oveja por carnero; el de la cara sin vergüenza, descubierta por todo el mundo; el que blasfemaba de la ventera y de su mal trato? El se quedó tan corrido y admirado de lo que vió, que enmudeció, y bajando la cabeza, se fué para comenzar á caminar; tal se puso, que en todo aquel día, hasta que nos apartamos, nunca palabra le oí, mas de para despedirnos, y esa que habló entonces, hubiérala de echar por los ijares, como sabréis adelante.

Aunque para mí fué la pena, que cada uno podrá imaginar, si acaso semejante le aconteciera; con todo eso, para estancar aquellos flujos de risa, con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentará tanto. Con esto, y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped, tomé alguna osadía. Tanto puede la razón, que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes. Comencé con veras á pedirla, y él con risitas á negármela; hizome descomponer, hasta que lo hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza ni hablé palabra de lo que habia visto. Como él me vió muchacho, desamparado y un pobrecito, ensobrecióse contra mí, diciendo que me azotaría, y otros oprobrios dignos de hombres cobardes y semejantes; mas como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiré medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado; mas

él se me escapó y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda. Mirad quién son estos feroces, que ya no trata de valerse de sus tan fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos míos. Olvidósele el azotarme, y quiere ofenderme con fuerza de armas, siendo un simple desarmado pollo. Vinose contra mí, que ya temiéndome de lo que fué, me previne de dos guijarros, que arranqué del empedrado del suelo; él cuando me vió con ellos en las manos, fué deteniéndose. A la grita y vocería, el meson alborotado, se convocó todo el barrio, acudieron los vecinos, y con ellos gran tropel de gente, justicia y escribanos: eran dos alcaldes, llegaron juntos, quería cada uno advocar á si la causa y prevenirla; los escribanos por su interese decían á cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre á cuál pertenecía, se comenzó de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida ni de menor alboroto; porque los unos á los otros desenterraron los abuelos, ayudiendo quiénes fueron sus padres, no perdonando á sus mujeres propias, y las devociones que habian tenido, quizá que no mentían, ni ellos querian entenderse, ni nosotros nos entendiamos.

Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa, pusieronlos en paz, y asieron de mí, que *siempre quiebra la soga por lo mas delgado*: el forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo, de ese asen primero. Quisieron saber qué habia sido el alboroto y por qué; pusieronme á una parte, tomáronme la confesion de palabra, dije llanamente lo que pasaba; pero porque podian oírme algunos, que estaban cerca, me aparté con los alcaldes, y en secreto les dije lo del machuelo. Ellos quisieron verificar primero la causa, mas pareciéndoles haber tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prision del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito, y creyendo solo era por la capa, lo hacia todo risa, como cosa de burla, por la falta de informacion que habia, y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella. Mas como viesse que poco á poco salian á plaza los pedazos de adobo, pellejo y zarandajas del machuelo, quedó helado, tanto, que tomándole la confesion, viendo presente todos los despojos, confesando de plano, quedó convencido y confeso en cuanto habia pasado, sin que cosa negase, ni tuvo ánimo para ello; que es muy cierto en los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije, que sin darle tormento ni amenazándole con él, declaró, sin serle pedido, hurtos y bellaquerías que hizo, así en aquel meson como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino á tener caudal con que ponerse en trato. Yo á todo estaba el oído atento, si de entre la colada salia mi capa; pero con el odio que me cobró, la dejó entre renglones. Hice mil diligencias para que pareciese, ninguna fué de provecho.

Acabadas de tomar nuestras declaraciones del arriero y mia, por ser forasteros, nos ratificaron en ellas. Y si por la pendencia me habian dellevar preso (como dicen, *tras paciente aporreado*) hubo diversos pareceres, holgaron dello los escribanos, y lo pretendieron; mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razon y ninguna culpa, que ¿qué me pedian pues iba en cuerpo y me habian quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando á la cárcel al mesonero. Nosotros acabamos de aliñar, y seguimos nuestro camino; pasamos por donde los clérigos estaban esperando, cada uno tomó su caballería; contéles el suceso, quedando admirados dello, condoliéndose de mi necesidad; mas como no la podian remediar, encomendáronlo á Dios. Yo y mi compañero con los alborotos y breve partida, que casi salimos huyendo, nos quedamos sin oír misa. Yo la solía oír todos los dias por mi devocion; desde aquel se me puso en la cabeza, que tan malos principios era imposible tener buenos fines, ni podia ya sucederme cosa buena ni hacerse bien. Y así

fué, como adelante lo verás: que cuando las cosas se principian dejando á Dios, no se puede esperar menos.

CAPITULO VII.

Cómo, creyendo ser ladrón Guzmán de Alfarache, fué preso; y habiéndolo conocido lo soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino.

Antiguamente los egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban á la fortuna creyendo que la hubiera: celebrábanle una fiesta el primer día del año, poniendo suntuosas mesas, haciéndole grandes banquetes y opulentos convites, en agradecimiento de lo pasado, y suplicándole por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta diosa la que disponia en todas las cosas, dando y quitando á su eleccion; porque como suprema, lo gobernaba todo. Hacian esto por faltales el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano y divina voluntad se rigen cielo y tierra, con todo lo en ello criado, invisible y visible. Pareciales cosa viva ver cuando las desgracias comienzan á venir, cómo llegaban las unas cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmayar y descomponer un hombre. Y otras veces (como cobardes) acometian de tropel muchas á un tiempo para dar con la casa en el suelo. Y por el contrario, no sube el aire á la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios y modos no vistos ni pensados, no dejándolos firmes en uno ni otro estado; de modo, que ni el abatido desespere, ni el encumbrado confie. Si la lumbre de fe me faltara como á ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir cuando semejantes desgracias me vinieron: *bien vengas mal si solo vienes*. Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio, y dos semipollos que comí disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine después á cenar el hediondo vientre de un machuelo, y lo peor, comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que á todos toca la de su padre; y para final de desdichas, hurtarme la capa. *Poco daño espanta, y mucho amansa*. ¿Qué conjuracion se hizo contra mí? ¿Cuál estrella infelice me sacó de mi casa? Sí, después que puse el pié fuera della, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras y agüero triste de lo que después me vino, que como tercianas dobles, iban al campo con algun reposo. *La vida del hombre milicia es en la tierra*: no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero: todo es fingido y vano. ¿Quiéreslo ver? Pues oye.

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra, y á los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo, ni previniendo á la ingratitud que después tuvieron, alzándose con el real y el trueco, porque teniendo á este dios consigo, no se acordaban de otro. A él hacian sacrificio, á él ofrecian las victimas, á él celebraban con regocijo y cantos de alabanzas. Indignado desto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento; dióles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues á solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya, y habiéndolo criado de no nada, que diesen su parecer para remedie de semejante locura. Algunos, los mas benignos, movidos de clemencia, dijeron: son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos; que si fuera posible trocar nuestra suerte á la suya, y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso dello, y cuando mucho, dándole una honesta correccion, tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente. Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandaronle callar, que después hablaría. Bien quisiera en aquella ocasion indignar á Júpiter por haberes